

plandeció, decimos, la valía de aquel pueblo rebelde á todo vasallaje extraño.

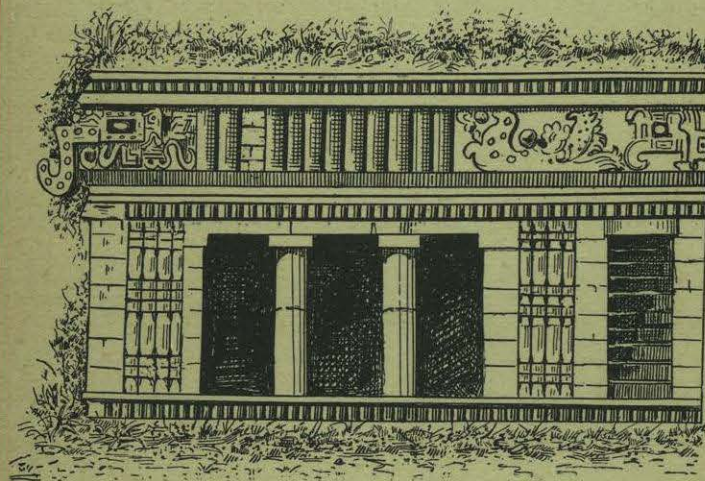
¡Y si el Conquistador mereció de su esfuerzo y de su suerte tener por aliados á gente de tal brío y tal pujanza, doblemos la cabeza con profundo respeto ante el hecho estupendo! Y, desdafiando el riesgo de merecer el mote (no se sabe si denigrante ú honroso en estos tiempos) de *creyentes en cuentos de misterio*, demos aquí un lugar á la sospecha de algunos senadores de la antigua Tlaxcala:

"... Tenemos de nuestra antigüedad cómo han de venir gentes de la parte de donde nace el sol, y que han de emparentar con nosotros, y que hemos de ser todos unos... Estos son y estos nos vienen á buscar, y no son otros".



¡Oh vetusta Ciudad que fuiste un día
"Roma del Anahuác precortesiano!"

G. Fernández de Lara.



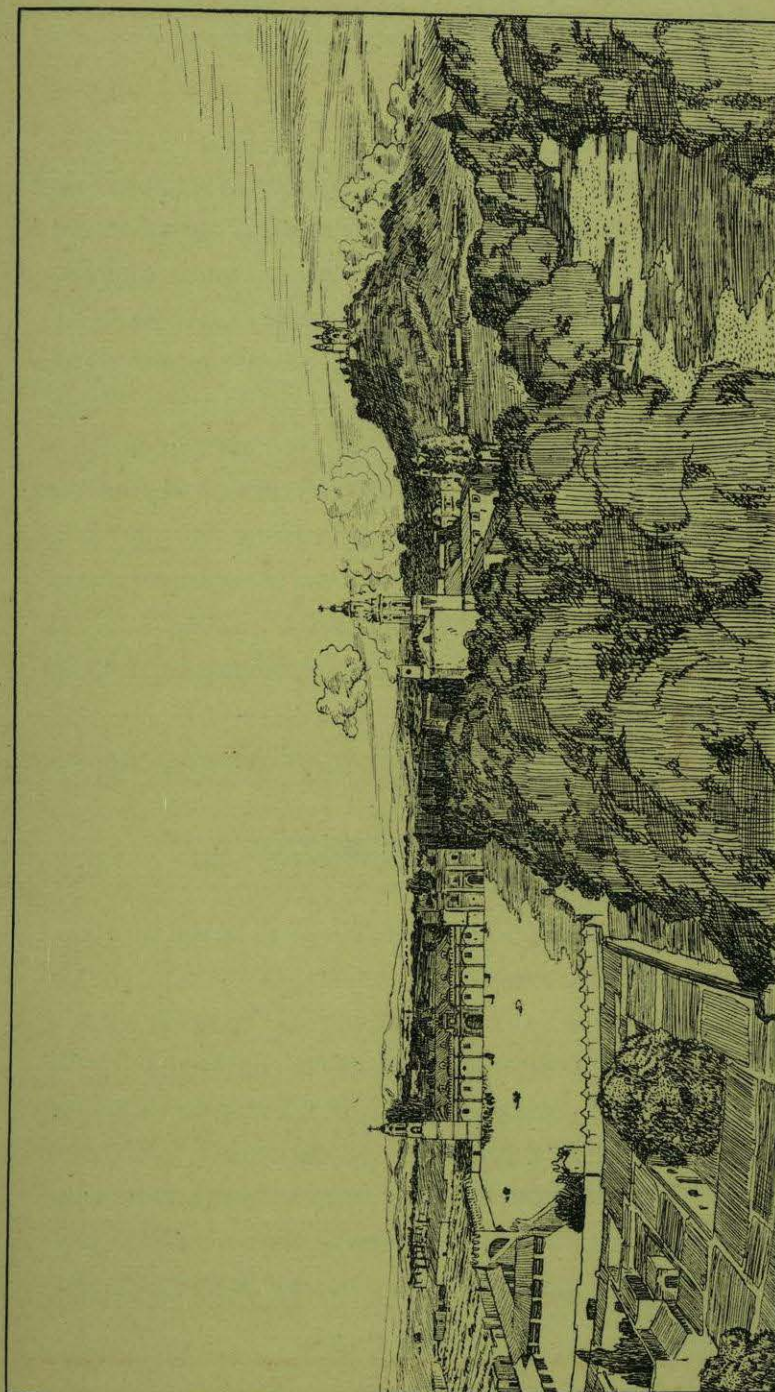
Cap. XII

CAPÍTULO DVODÉCIMO

COMO DE TASCALA NOS FUAMOS EL CAMINO
DE CHOLOLLAN, DONDE EN ESTA VEZ NO HOBO MATANÇA
Y SÍ UN MUY RREGALADO AGASAJO QUE NOS HIZIERON
MUCHAS GENTES MEXICANOS Y ESPAÑOLES



El Gobernador de Tlaxcala quiere ser nuestro guía en la visita á la ciudad del mismo nombre, capital del Estado. Donde, independientemente de su interesantísima historia antigua y del papel que desempeñó en la Conquista y de su vida de hoy y del carácter de la población actual é índole característica de sus habitantes, lo que más agrada allí al viajero—al menos, si es de nuestra „cuerda“—son la tranquilidad y delicioso ambiente de familia que se disfrutan en aquello que es un verdadero retiro de todo „mundanal ruido“, una „estación de descanso“. —¿Porqué no citar el caso, cuando tan de moda están las estaciones balnearias, de invierno y de verano, donde, en las más acreditadas, sino la paz para el es-



píritu y la salud para el cuerpo suelen encontrarse todos los inconvenientes de la ciudad, en forma de timbas, saraos, fiestas ruidosas y la obligada esclavitud del armario ropero? En cambio, aquí, como descanso, clima agradable y vida sosegada, nadie habría de llamarse á engaño.

♦♦♦

Como no entra en el plan de este relato, ni hay tiempo ni lugar para hacerlo, historiar hechos ni siquiera citar fechas en cantidad proporcionada al número de eventos notables de que fueron teatro estos lugares, de la tentadora lista de efemérides tlaxcaltecas, recojemos ésta con los debidos honores:

„En el año de 1524, se estableció aquí la primera escuela del Nuevo Mundo.“



Y en la iglesia de San Francisco, ante el célebre púlpito de las primeras prédicas del Evangelio en Méjico y la no menos célebre pila que, según tradición, sirvió para el tan sonado bautizo de los cuatro caciques, senadores ó señores, Xicotencatl, Maxixcatzin, Citlalpocatzin y Tlehuexolotzin, apadrinados, respectivamente, por Hernán Cortés, Pedro de Alvarado, Andrés Tapia y Gonzalo de Sandoval. . . Y visitando los informes restos de los cuatro cuarteles ó "cabeceras," en

que se dividía la antigua ciudad. . . Y en las *casas* de Xicotencatl, donde no cuesta muy grande esfuerzo imaginarse al viejo y achacoso señor esperando en las gradas del patio, rodeado de los otros jefes de la República, para hacer «la ceremonia tan famosa de aquel solemnísimos recibimiento» dispensado á Cortés. . . Y en las umbrías del río Tzahuapan—que todas las potencias marítimas é institutos navales, arsenales y astilleros del mundo debieran considerar *Monumento de la Marina Universal*, pues allí, en aquel río y en aquellos bosques, á una altura de dos mil metros sobre el nivel del mar, se llevó á cabo la ocurrencia más genial que podía nacer en la mente de un hombre y ser llevada á efecto por la voluntad de un titán: la construcción de los trece bergantines probados en una presa hecha para el caso, desmontados luego, transportados á lomo de indio hasta el lago de Texcoco y allí vueltos á armar. . .

En esta interesante peregrinación, el Coronel Cahuantzi, con su charla incesante, monorrítmica, reposada y clara, fué desenvolviendo la sugestiva película de su portentosa memoria y de su vasta cultura, con brevísimas frecuentes interrupciones que, si cortaban el hilo del relato, servían en cambio para documentar el estudio que procuramos hacer del personaje, pues aquellos paréntesis en el paseo y en la charla corresponden á lo que es más típico en este gobernante,

como ningún otro en constante y efectivo contacto con sus administrados.

En cada esquina, á cada punto, en medio del camino, subiendo á un cerro, en el río, en todas partes, se nos acerca un fulano, una mujer del pueblo, un campesino, un *indito*, cualquiera; y allí, al aire libre, sin ceremonias, con llaneza simpática, habla al Gobernador de asuntos que, la inmensa mayoría de las autoridades similares, en todo el mundo, escuchan en días señalados y á horas fijas—prestándoles mayor ó menor atención é interés—en un despacho oficial (con su correspondiente antesala y la paciencia que este nombre supone) y que, casi siempre, son tales asuntos, de esos que puede resolver un subalterno de oficina.

En el caso de este gobernante ideal, hay la circunstancia—el hecho es frecuentísimo—de que en sus audiencias ambulantes las cuestiones que se le plantean refiérense á la vida doméstica de los interesados. Le consultan la compra de un jamelgo, la conveniencia de tal ó cual cultivo, esta rencilla de familia, aquella duda sobre tal lindero; le hablan, en fin de cosas que podrían contarle al médico ó al «licenciado», ó al policía de la esquina, ó al vecino de enfrente.

Pero «Don Próspero»—como familiar y cariñosamente le llaman todos—á todos oye, á todos aconseja y á todos procura complacer. Que es hombre que

entiende de todo cuanto sus conciudadanos y gobernados se les ocurra hablarle:

Hijo del campo y viviendo en una comarca esencialmente agrícola, él sabe como nadie la clase y forma de cultivo más adaptado á las condiciones de las tierras de tal "rumbo". Conocedor del terreno palmo á palmo, lleva en la cabeza, como suele decirse, el registro de la propiedad en sus más nimios y enrevesados detalles, conociendo cada asunto desde sus antecedentes más remotos. De iniciativas y laboriosidad poco comunes, *inventa*—es la palabra, en su acepción de esfuerzo y de constancia en un propósito— inventa empresas beneficiosas al desarrollo de la riqueza del Estado: transformación de los medios de transporte, alumbrado eléctrico, ensanche de operaciones de una agencia bancaria, aprovechamiento industrial de corrientes, . . . —y el señor Cahuantzi dista muchísimo de ser un hombre rico!

Por estudio, por práctica de muchos años y por un don especial que lo hace digno de tal título de consumado zahorí, donde él diga que se excave un pozo, es matemático—no ha fallado una vez tan siquiera— es seguro, que á la profundidad prevista se encuentra el venero de agua.

De una resistencia física, sencillamente fenomenal á sus años, y habida en cuenta su corpulencia y lo agitado de su vida de militar, á las tres ó las cuatro de

la madrugada comienza sus labores, diremos de oficina, preparando minutas que se refieren á todos los ramos de la Administración. El tiempo sobrante hasta el amanecer, lo dedica á su afición favorita, la lectura de libros de Historia. Y con el sol, sale de su casa, caballero en brioso alazán—que muchos jóvenes mirarían con respeto—vistiendo el traje típico de los *rancheros* ó campesinos mejicanos (el vistoso traje *charro*) y va á visitar sus haciendas que dirige él mismo, atendiendo á todos los requisitos y exigencias de las labores.



Ya se ha dicho en estas páginas que el Coronel Cahuantzi es un erudito en toda la extensión de la palabra. Es un estudioso "directo" de las cosas de su tierra, acerca de las cuales "se documenta" en la realidad, en sus propias investigaciones, en antecedentes, no de oídas y de segunda mano, pues los mejores materiales con que ha construído los cimientos de su criterio como prestigiosa autoridad en achaques de historia patria, han sido aportados á su solar mental por la metódica, paciente y escrupulosa labor de quien, como él, investiga sobre el terreno y lo explora con la piqueta del profundo conocimiento que tiene de las lenguas mejicana y otomí.

En tal sentido, la *Historia de Tlaxcala* que está escribiendo desde hace muchos años, habrá de consti-

tuir un verdadero monumento que honrará á Méjico y á las letras castellanas.

♦♦♦♦

Por algo que muy personal é íntimamente nos toca á nosotros como españoles, es asimismo, Don Próspero Cahuantzi, un buen amigo de la nación que en fecha ya remota sojuzgó á su pueblo; y tenemos en cartera apreciaciones tuyas, interesantísimas, acerca de algunos hechos de la Conquista que constituyen puntos muy delicados de la historia de aquel gran suceso. Nos las reservamos para otra ocasión, ya que la índole de esta obra no permite extensas divagaciones en tal sentido; adelantando únicamente que, teniendo en cuenta el abolengo étnico del personaje y su indiscutible autoridad en la materia, tales apreciaciones equivalen á un gran consuelo y á una intensísima satisfacción para quienes, sin patrioterías trasnochadas, ni exaltaciones de campanario, ni criterios mezquinos, desean para el buen nombre de su pobre patria una flor de cariño y de justicia que arome las heridas que le infligieron—por rutina ya que no por animadversión deliberada—casi todos los historiadores propios y algunos de los extraños, especialmente en la pasada centuria.

♦♦♦♦

Considérese, pues, un „anticipo“ de gratitud esta parrafada un si es no es biográfica acerca del señor

Gobernador del Estado de Tlaxcala, aunque con ella—si bien por excepción—nos salgamos del plan propuesto para este libro, donde faltan tantísimos otros „certificados de agradecimiento“ á muchísimas otras personas que, en el curso de la *Ruta*, también tuvieron para con nosotros—y, á pretexto nuestro, para con España—bondades y afectos que nunca podremos pagar debidamente.



Nuestra escolta se reforzó con dos guardias rurales que el Gobernador dispuso nos acompañasen en calidad de guías. Y una mañana, deliciosamente calurosa, proseguimos el viaje rumbo á Cholula, pasando por Acuitlapilco—un paisaje de encanto encuadrando la preciosa laguna del mismo nombre; y luego, Tepeyanco, donde renuévase la impresión de realidad del constante recuerdo de nuestra amada Valencia, al cruzar por entre huertas admirablemente cultivadas y plantíos de alelís y amapolas de jardín, cuyos simétricos macizos de espuma, de sangre y de amatista tienen por seto rosales de parral, cuyas trepadoras ramas—con más flores que hojas—se escapan de la línea de la valla é invaden el camino; Zacatelco, donde nos resultó simbólica y altamente simpática la circunstancia de que nuestra cabalgata siguiese el verdadero labe-

tuir un verdadero monumento que honrará á Méjico y á las letras castellanas.

♦♦♦

Por algo que muy personal é íntimamente nos toca á nosotros como españoles, es asimismo, Don Próspero Cahuantzi, un buen amigo de la nación que en fecha ya remota sojuzgó á su pueblo; y tenemos en cartera apreciaciones tuyas, interesantísimas, acerca de algunos hechos de la Conquista que constituyen puntos muy delicados de la historia de aquel gran suceso. Nos las reservamos para otra ocasión, ya que la índole de esta obra no permite extensas divagaciones en tal sentido; adelantando únicamente que, teniendo en cuenta el abolengo étnico del personaje y su indiscutible autoridad en la materia, tales apreciaciones equivalen á un gran consuelo y á una intensísima satisfacción para quienes, sin patrioterías trasnochadas, ni exaltaciones de campanario, ni criterios mezquinos, desean para el buen nombre de su pobre patria una flor de cariño y de justicia que arome las heridas que le infligieron—por rutina ya que no por animadversión deliberada—casi todos los historiadores propios y algunos de los extraños, especialmente en la pasada centuria.

♦♦♦

Considérese, pues, un „anticipo“ de gratitud esta parrafada un si es no es biográfica acerca del señor

Gobernador del Estado de Tlaxcala, aunque con ella —si bien por excepción—nos salgamos del plan propuesto para este libro, donde faltan tantísimos otros „certificados de agradecimiento“ á muchísimas otras personas que, en el curso de la *Ruta*, también tuvieron para con nosotros—y, á pretexto nuestro, para con España—bondades y afectos que nunca podremos pagar debidamente.



Nuestra escolta se reforzó con dos guardias rurales que el Gobernador dispuso nos acompañasen en calidad de guías. Y una mañana, deliciosamente calurosa, proseguimos el viaje rumbo á Cholula, pasando por Acuitlapilco—un paisaje de encanto encuadrando la preciosa laguna del mismo nombre; y luego, Tepeyanco, donde renuévase la impresión de realidad del constante recuerdo de nuestra amada Valencia, al cruzar por entre huertas admirablemente cultivadas y plantíos de alelíes y amapolas de jardín, cuyos simétricos macizos de espuma, de sangre y de amatista tienen por seto rosales de parral, cuyas trepadoras ramas —con más flores que hojas— se escapan de la línea de la valla é invaden el camino; Zacatelco, donde nos resultó simbólica y altamente simpática la circunstancia de que nuestra cabalgata siguiese el verdadero labe-

rinto en zig-zag que allí forma el camino, flanqueado por descomunales magueyes, cada uno de los cuales lucía—seguramente para espantar á los pájaros de los sembrados—una banderola blanca; y después, Zitotzinco en cuyas cercanías se confunden en un beso de linfas el Tzahuapan y el Atoyac. . .

♦♦♦

En Cholula nos esperaba el Presidente del Casino Español de Puebla á la cabeza de una nutrida representación de nuestros paisanos residentes en dicha ciudad.

Poco después de nuestra llegada, vinieron á engrosar el grupo de nuestros compatriotas, los mejores entre los muchos y buenos amigos mejicanos que tenemos la suerte de contar en el seno de la culta sociedad poblana.

Y, aquí, una pequeña observación:

Las banderolas á que antes nos hemos referido, fueron un símbolo casual. El salón donde se sirvió el espléndido banquete con que los españoles obsequiaron á las autoridades de Cholula, comisiones de Puebla y representantes de la prensa, estaba literalmente tapizado de camelias blancas. . .

Siempre son oportunos y tienen su significación esos detalles en consonancia con el acto que se celebra.

Nada tan elocuente y acertado como aquel adorno, tratándose de una fiesta fraternal entre mejicanos y es-

pañoles, precisamente en el lugar donde se escribió una de las páginas más rojas de la Conquista, precisamente allí, en Cholula, cuyo nombre no puede pronunciarse sin que surja el recuerdo de la horrible matanza que hubo en aquel lugar. . .

Después de muchos siglos, aquella mañana, seguramente, flotó sobre la *Ciudad Santa* del antiguo Anáhuac el blanco manto del dulce Quetzalcoatl, que, desde lo alto de la hermosa Pirámide que la fe tolteca erigió al dios-apostol, sonrió complacido ante aquel consolador espectáculo de paz y de concordia. . .

